

## ACTO TERCERO

---

### LA GUERRA

Una gran sala baja, al gusto holandés de la época en los alrededores de Malinas.

En el fondo dos puertas. La de la derecha abre sobre el campo; la de la izquierda es un gran arco de piedra, tras del cual hay un segundo recinto practicable. A este segundo recinto se ingresa por un peldaño desde el arco. En el fondo de él, otro arco más pequeño y con reja de madera en su parte alta, que abre sobre un extremo del jardín.

En la pared lateral derecha, puerta que comunica con los corrales y con la cocina de la casa: sobre esta puerta tragaluz con cristales cuadrados y cenefa de colores, al gusto holandés. En la lateral izquierda, otra puerta mayor, comunicando con el interior de la casa. En la pared lateral derecha, segundo término, gran chimenea holandesa. En la de la izquierda, segundo término también, aparador monumental del mismo gusto. En la estancia, una mesa grande de nogal, varias sillas y un sillón. Sobre la mesa, jarro no muy grande con flores. En la pared del fondo, entre ambas puertas, algunas espadas, pistolas y mosquetes formando panoplia. Al levantarse el telón, JUAN PABLO, que tiene un bastidor apoyado contra el quicio del gran arco, parece estar pintando un aspecto del jardín. Junto á la chimenea, formando grupo, ISABEL CLARA y ALBERTINO.

ALBERTINO

¡Le he visto ya!... Y madre dice  
que no dejará la casa  
nunca más... Siempre á la vera  
le tendremos; no se aparta

de nosotros; me hará historias,  
me dará lición de espada!...  
¡Llegó ayer... y hoy me parece  
que ya están todas trocadas  
estas paredes; yo mismo  
soy más que yo, Isabel Clara,  
como hogar vacío donde  
de pronto metieran brasas!

ISABEL

¡Pobre Albertino!

*(Besándolo.)*

ALBERTINO

Aunque padre  
tornó más triste á la casa  
que salió de ella... ¿en qué sitios  
ha pasado estas semanas  
de ausencia?

ISABEL

*(Evasiva.)*

En la guerra, acaso...

ALBERTINO

*(Rápido.)*

No en la guerra... que ahora marchan  
mal, para España, las cosas;  
¡no andará en ello su espada!

ISABEL

¿Quién dijo?...

ALBERTINO

Mander lo dijo...

Y acaso es esta la causa  
de las tristezas de padre;  
que sus reveses le amargan  
porque España es de él... ¡y yo  
también quiero ser de España!

ISABEL

*(Señalando al abuelo, con prudencia.)*

¡Albertino!...

ALBERTINO

*(Vivo.)*

No; no temas,  
si oye el abuelo, que me haga,  
como en otros días malos,  
reproche de mis palabras...  
Cambió el abuelo; ahora es él  
quien, á escondidas, me llama  
y habla de padre, y sus ojos  
blandos se llenan de lágrimas,  
que el nombre de Dios con más  
respeto no pronunciara.  
¡Y da tanto bueno oírle  
hablar de él, Isabel Clara!  
¿Tú no sabes, no te han dicho  
lo que pasó en nuestra casa?  
¿Por qué el abuelo, dejando  
los tumultos y las armas,  
volvió á sus cuadros? ¿Por qué  
faltó de ella estas semanas

mi padre? ¿Por qué, ayer, Mander,  
tornando, le acompañaba,  
con aquella risa suya  
que es risa y á mí me daña?  
¿Por qué, como en otros tiempos,  
no hubo, al regresar, palabras  
de alegría, ni entusiasmos,  
ni relatar hechos de armas?...  
¿Tú no sabes, no te han dicho?...

ISABEL

*(Levantándose por esquivar las  
preguntas de Albertino.)*

¿Y á qué saber?... ¿No te basta  
con tenerle aquí, Albertino,  
que has de saber qué le traiga?

ALBERTINO

Preguntaré...

ISABEL

No preguntes;  
la curiosidad es mala.

ALBERTINO

¡No esta mía, que es de amor  
y mueve toda del alma!

MARÍA

*(Saliendo por la lateral izquierda.)*

¿Dónde estás, Juan Pablo?

JUAN PABLO

*(Viniendo en su busca y dejando  
el cuadro.)*

Dí.

*(Albertino quiere acercarse á ver  
qué hablan, pero Isabel le obliga á  
ir con ella al fondo y desaparecen  
por el jardín.)*

MARÍA

No habremos logrado nada;  
lo que es fatal, es fatal,  
Juan Pablo. Diego esperaba  
la muerte; volver al mundo  
más le pesa que le agrada.

JUAN PABLO

Parte en ello no tomamos  
nosotros, aunque bastara  
la deuda en que nos tenía  
para procurarle gracia.  
Triunfó la protesta en Flandes;  
todas las furias de España  
no bastaron á evitar  
que el pueblo tocara alarma.  
Encontróse el Archiduque  
sin soldados; se le alzaban  
los naturales y están  
los tercios de él en Italia.  
Desguarnecidas prisiones,  
castillos y tarazanas,  
Mander, con tan pocos hombres  
que los dedos los contaban,

sacó á Don Diego y los nuestros  
de las cárceles de España ;  
nosotros no hicimos más  
que abrirle esta puerta franca ;  
y, ayer, parecía alegre  
cuando llegó á nuestra casa.

MARÍA

Hoy, no ; tiene el rostro lleno  
de sombras esta mañana.

JUAN PABLO

Lo esperaba : al cabo, es él  
de una tierra y de una raza  
que, leones acosados,  
á escoger, más les agrada  
deber la muerte á los suyos  
que la vida á gente extraña.  
Mander cuenta que, al sentirse  
Diego libre y ver que estaban  
rodeándole los nuestros,  
como se halló sin espada,  
con los dientes y los puños  
quiso atacarles : «¡Mi raza  
me encarceló, ella me libre!»  
Y pugnando que le echaran  
de nuevo sus hierros, Mander,  
que aplacarle procuraba,  
quedó con la diestra mano  
toda rota y magullada.  
«¡Sea en pago, clamó Diego,  
del hecho con que me infamas :  
que esta mano, al fin, ya no  
volverá á empuñar espada!...»

MARÍA

¡Siempre es él, en todas partes!

JUAN PABLO

Le aguardaban en la casa  
su hijo, Magdalena... Vino,  
les ha visto ; esta mañana  
ya, más que ellos, en él pueden  
los clamores de su raza.  
Piensa... La nuestra y su tierra,  
de nuevo riñen batalla ;  
por todas las partes suenan,  
levantándose, las armas ;  
¿qué va á hacer él? Si la paz  
nos separó, ¿será extraña  
cosa que la guerra ahora  
venga á aumentar la distancia?

MARÍA

*(Atemorizada.)*

¡Pero tú!...

JUAN PABLO

Yo mantendré  
lo que juré una mañana ;  
ya no correrán por mí,  
como corrieron, las lágrimas ;  
dí á la venganza diez años  
por Flandes ; los que me faltan,  
¡no es mucho darlos á Dios  
para las cuentas del alma!

MARÍA

*(Reconociendo todo el esfuerzo que le cuesta al viejo esta promesa y apretándole la mano.)*

¡Gracias!

JUAN PABLO

*(Mirando á la lateral izquierda.)*

Magdalena llega.

MARÍA

Torna á tu arte.

JUAN PABLO

¡Que él me valga!

*(María Berkey, mientras Juan Pablo pasa al fondo, se queda ordenando algunos objetos. Entra por la lateral izquierda Magdalena, seguida de Don Diego. Se advertirá en éste un cambio sensible desde el acto anterior; parece que los arreos de burgués, al modo flamenco, con que aparece vestido sin ceñir espada, le desfiguran por completo; refleja su rostro, menos en los momentos en que le anima la expresión del diálogo, un desaliento y postración inusitados en él.)*

MAGDALENA

*(Llegando al centro de la escena.)*

¡Albertino!...

*(Sale el chicuelo corriendo del fondo del jardín; llega á su madre, á quien va á abrazar: ésta, con el gesto, le muestra á Don Diego, y el chico corre á él. Detrás ha salido Isabel Clara.)*

DON DIEGO

¡Albertino!

ALBERTINO

*(Después de abrazarle.)*

¿Ya es seguro, padre, que tanta ausencia ha terminado?

DON DIEGO

Ya no vuelvo á apartarme de tu lado.

ALBERTINO

¿Lo juras?

MAGDALENA

*(Corrigiendo.)*

¿Lo aseguras?

DON DIEGO

Lo aseguro.

ALBERTINO

*(Sin parar mientes en la variación, batiendo palmas.)*

¡Y volveremos al contar de historias,

y al probar un caballo en la explanada,  
y á las contiendas...

DON DIEGO

Y al jugar la espada...

ALBERTINO

Y al relatarme tú de tus memorias!  
Por cierto que tú, padre, que solías  
siempre, al volver, contar tus fechorías,  
de esta postrera no me has dicho nada.

*(Se instala á sus pies, dispuesto á  
escucharle; Magdalena quiere disua-  
dirle.)*

¡Cuenta!...

*(Magdalena marca más el gesto;  
Don Diego, con la vista, la contie-  
ne, y dice al niño.)*

DON DIEGO

Mi hazaña postrera  
tiene poco que contar,  
hijo mío, y es vulgar  
como una historia cualquiera.  
Pero, en fin, hago memoria  
y, ya que no lo merece,  
voy á contarte otra historia  
que en todo se le parece.  
Este era un buen Consejero  
que, porque una vez holló  
su ley, él mismo se dió  
de su grado prisionero.  
Y este era un pueblo, movido

por tremenda sedición  
á guerra, con la nación  
del Consejero atrevido.  
Fué el Consejero á prisiones;  
los suyos le encarcelaron,  
y, para fallar, buscaron  
premáticas y sanciones.  
Y, en tanto, los enemigos  
de su nación que se alzaron,  
al Consejero libraron  
de cárceles y castigos.

ALBERTINO

¡Brava hazaña!

DON DIEGO

No, en verdad;  
que, según quien las da, son  
las prisiones libertad  
y la libertad prisión.  
Busca el Consejero quien  
decirle pueda, leal,  
si es bien aceptar un bien  
de quienes se quiere mal,  
y aunque el corazón severo  
le señala la prisión  
donde ser, por su nación,  
prisionero y carcelero,  
como el Consejero tiene  
hijo y mujer que abrazar,  
piensa en ellos, da en dudar  
y á perderles no se aviene.  
Porque no hay leyes que den  
la razón á la razón,  
cuando le parece bien

lo más malo al corazón.  
 Con lo que el hombre, cediendo  
 á la traición que aquel día  
 hijo y mujer le volvía,  
 tornó á su casa, diciendo :  
 «Viviré para el amor,  
 si he muerto para la gloria...»  
 —Y así termina la historia  
 del Consejero traidor.

MAGDALENA

*(Con intención.)*

No es traidor el que cumple sus deberes.

ISABEL

En el amor, también hay heroísmo.

JUAN PABLO

*(En el fondo, á Martín Frobel,  
 que habrá entrado hace un mo-  
 mento, mostrándole, como siempre,  
 pruebas de sus trabajos.)*

El español aún gusta á las mujeres.

MARTÍN

Pero ya no es la sombra de sí mismo.

DON DIEGO

*(Con un suspiro, como arrancán-  
 dose por fuerza á sus recuerdos.)*

¡Albertino, lición tengo de darte,  
 ya que aún es tiempo de jugar la espada!

ALBERTINO

*(Saliendo aprisa á descolgar dos  
 espadas de la panoplia del fondo.)*

¡Me place!

DON DIEGO

*(Tomando una de las espadas que  
 gallardamente le ofrece Albertino  
 por la empuñadura.)*

¡A ver si logra, amaestrada,  
 suplir tu diestra el brío con el arte!

*(Toman para la lección casi toda  
 la diagonal de la escena: desde el  
 arco donde Juan Pablo vuelve á  
 pintar, hasta la puertecita lateral  
 del primer término derecha. María  
 Berkey con Isabel Clara y Martín  
 Frobel quedan un momento en el  
 marco de la puerta del fondo.)*

Toma el hierro, y cuando esté...

ALBERTINO

¿Qué?

DON DIEGO

en tu mano alto y desnudo...

ALBERTINO

*(Interrumpiéndole, porque adivina  
 lo que su padre va á decirle.)*

¡Saludo!

DON DIEGO

¿Para asombrar con tu hazafia?...

ALBERTINO

¡A toda España!

DON DIEGO

*(Colocándose en la defensiva.)*

¡Y ahora, pronto: ataca y daña!

ALBERTINO

¡Déjame despacio honrarte,  
porque pienso, al saludarte,  
que saludo á toda España!

DON DIEGO

*(Tomando la ofensiva, para obligarle á comenzar.)*

¡Replica: no te retires!

ALBERTINO

¡No me mires!

DON DIEGO

¿Pues te da miedo de mí?

ALBERTINO

¡Sí!

DON DIEGO

*(Fallando, adrede, para que Albertino se decida á atacarlo.)*

¿Y cuando me ves fallar?...

ALBERTINO

*(Atacando sin brío.)*

He de entrar.

DON DIEGO

*(Desarmándole y burlando de su torpeza.)*

¡Bravas trazas de atacar  
en el hijo de Don Diego!

ALBERTINO

*(Que recoge del suelo su espada.)*

Padre, pues yo te lo ruego;  
no me mires si he de entrar.

DON DIEGO

*(Avanzando, para ofender de nuevo.)*

¡Gano tierra: dame acero!

ALBERTINO

*(Haciéndolo, aunque todavía con mucha timidez.)*

Pero...

DON DIEGO

¿Ya tiembla el alma esforzada?

ALBERTINO

¡De tu espada!

DON DIEGO

¿Pues tu aliento se acabó?

ALBERTINO

¡No!

Mas hijo tuyo soy yo,  
y así, siendo tu segundo,  
triunfaré de todo el mundo;  
pero de tu espada, ¡no!

DON DIEGO

*(Con sarcasmo cariñoso para procurar esforzarle.)*

¿Doy nombre á quien no me vale?

ALBERTINO

*(Comenzando á enfurecerse infantilmente.)*

¡Dale!

DON DIEGO

¿A quién, si mi ley no saca?

ALBERTINO

*(Desesperado; decidiéndose á hacer por él, á ciegas.)*

¡Al que ataca!

DON DIEGO

*(Parándole y conteniendo duramente, con ironía.)*

¿Qué buscas, si me hallas fuerte?

ALBERTINO

*(Con desesperación infantil, dando con los pies en el suelo y tirando la espada.)*

¡La muerte!

DON DIEGO

*(Recogiendo la espada y obligando á Albertino á empuñarla de nuevo.)*

¡No, jamás, no! De esta suerte  
no obra un alma esclarecida:  
busca, atacando, la vida;  
dale, al que ataca, la muerte.

*(Albertino vuelve á tomar la espada de manos de Don Diego, y éste, separándose de su hijo, prosigue ahincadamente la lección.)*

¡Vuelve á luchar contra el miedo!

ALBERTINO

*(Queriendo obedecer, pero sin fuerzas.)*

Ya no puedo...

DON DIEGO

*(Arreciando en el juego, para probarle más.)*

¡Va un golpe! ¿Y para parar?...

ALBERTINO

*(Haciendo con la espada lo que indica el diálogo.)*

¡Alzar!

DON DIEGO

Te amago, ¿y está al rechazo?...

ALBERTINO

¡Mi brazo!

DON DIEGO

¡Con más furia y no des plazo!

ALBERTINO

*(Casi lloroso, con elocuencia infantil.)*

Si otro me atacara, sí;  
pero eres tú, y contra ti,  
¡yo no puedo alzar mi brazo!

MAGDALENA

¿Estás cansado, Albertino?  
Bien; deja á un lado tu espada,

que ha de ser carga pesada  
para este puño tan fino.

ALBERTINO

Pesa poco...

DON DIEGO

Pesará  
más cuando pasen más años,  
de todos los desengaños  
y reveses que tendrá;  
que si hoy la alcanza á tender  
sin que le resista nada,  
con el tiempo ha de mover  
medio mundo con su espada.  
Tornemos...

MAGDALENA

*(Reteniendo todavía á su hijo.)*

¿No valdré yo  
más que el parar y atacar?

DON DIEGO

Pues, si apenas comenzó  
la lición, ¿se ha de dejar?

MAGDALENA

¡No es tiempo tan largo un día!

DON DIEGO

Si lo ganas, es verdad;  
pero es una eternidad  
si lo pierdes.

MAGDALENA

¡Qué porfía!...  
¿No es justo que yo le dé  
también, de amores lición?

DON DIEGO

La espada es la luz con que  
sale al mundo el corazón;  
y aunque tú le des liciones  
de amor, tiernas y acabadas,  
¡no ha de mover corazones  
hombre que no mueva espadas!  
¡Pronto!...

MAGDALENA

¿A qué este empeño fiero?  
¡Tiempo tendrá de reñir!

DON DIEGO

*(Con intención; voz honda.)*

¡Hay en mi casa un acero  
que yo no puedo ceñir!

MAGDALENA

*(Compendiendo.)*

Diego mío... ¿es un reproche?

DON DIEGO

*(Adelantándose á consolarla.)*

Magdalena...

MAGDALENA

*(Dolida: resistiéndose con dulzura.)*

Deja ya...

*(Pausa: Don Diego se detiene.)*

ALBERTINO

*(Con timidez.)*

¿No acabamos?

DON DIEGO

*(Secamente: dirigiéndose á la chimenea, donde toma su chambergo flamenco.)*

Tiempo habrá  
de acabar, hasta la noche.

*(Deja Don Diego su espada junto á la chimenea y, sin despedirse de Magdalena, sale por el fondo contrariado. Magdalena, mordiéndose los labios, queda en la puerta un largo rato, mirándole alejarse. Albertino, un poco desconcertado con la respuesta de su padre, cuelga su espada en su sitio nuevamente. Magdalena, dirigiéndose á él y sonriendo con melancolía.)*

MAGDALENA

Albertino, ¿no has cogido  
para mí las rosas frescas de otros días?